



**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Doeswijk, Andreas L.: *Los anarco-bolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, Buenos Aires, CeDInCI Editores, 2013.

Federico Martocci

*IESH - Universidad Nacional de La Pampa / CONICET
fedmartocci@hotmail.com*

*Fecha de recepción: 23/04/2015
Fecha de aprobación: 28/04/2015*

Este libro es el fruto de la pesquisa llevada a cabo hace ya algunas décadas por Andreas L. Doeswijk a fin de obtener el Doctorado en Historia Social del Trabajo en la Universidad de Campinas, Brasil. Por cierto, la distancia temporal entre la realización de la tesis y su publicación en el formato de libro es una cuestión que se evidencia a lo largo del texto, tema sobre el que volveremos más adelante. Cabe señalar además que el autor, desde 1992, ejerce la docencia en la Universidad Nacional del Comahue.

Como es sabido, diversos líderes gremiales escribieron historias del movimiento obrero, o mejor, sus interpretaciones de esas historias. A los efectos de mencionar solo a algunos de ellos, apuntemos que Diego Abad de Santillán lo hizo desde el anarquismo, Sebastián Marotta desde el *sindicalismo*, Jacinto Oddone desde el socialismo y Rubens Iscaro desde el comunismo. Una de las preguntas fundamentales del libro es, sin lugar a duda, por qué los anarco-bolcheviques no conta-

ron su propia historia, como lo hicieron las otras izquierdas argentinas. Doeswijk pretende “rescatar del olvido” esta experiencia y orienta la explicación del interrogante en función del fracaso: el grupo liderado por Enrique García Thómas no logró adquirir una identidad concreta, puesto que para los anarquistas eran bolcheviques y para el resto del espectro político (desde la izquierda a la derecha) eran simplemente anarquistas, y con el correr del tiempo fueron perdiendo el apoyo con que contaban en las filas del movimiento obrero organizado. Luego del golpe cívico militar que encabezó José F. Uriburu en 1930 ya casi nadie quedaba para alzar las banderas del grupo: algunos se habían pasado al anarco-sindicalismo y otros retornaron a la ortodoxia libertaria.

El autor intenta reconstruir las acciones de estos anarco-bolcheviques, ya sea en la esfera gremial como (en menor medida) en la cultural, a ambos lados del Plata. No obstante, el análisis es bastante más rico a nivel empírico para el caso de Argentina, mientras que lo sucedido en Uruguay adolece (para aquellos lectores que esperan un estudio en clave comparada) de un tratamiento mucho más deficitario, evidente a su vez si se analiza la composición del *corpus* documental. El mismo está constituido por libros y folletos, muchos de ellos escritos por los protagonistas, por una gran cantidad de periódicos (liberales, anarco-bolcheviques y de otras culturas de izquierda) y además por relatos orales. Es necesario agregar, aunque sea un dato menor, que resulta muy funcional la diferenciación que realiza el autor en el listado bibliográfico de los periódicos del grupo en estudio, ya que así se los puede identificar con mayor facilidad.

El primer capítulo del libro se inicia con un paneo general en torno a la situación de los trabajadores en el Río de la Plata, sus procedencias étnicas, las características de las labores realizadas, las principales estrategias de lucha que implementaban, como así también el devenir de las organizaciones obreras, temáticas sobre las cuales la disciplina historiográfica avanzó mucho en el transcurso de las últimas décadas. Entre otras cosas, el autor llama la atención sobre la escasa relevancia que tuvo en Argentina y Uruguay la corriente gremial anarco-sindicalista, a diferencia de lo ocurrido en países como Brasil, Francia, España o Italia. En la costa occidental del Plata ello se evidenciaba claramente a partir de la división de la FORA: por un lado, la del V Congreso (anarquista) y, por otro lado, la del IX Congreso (*sindicalista*). Más aún, los intentos que se realizaron en el curso de las primeras cuatro décadas del siglo XX a fin de unificar estas dos tendencias se mostraron esquivos.

Previamente a la descripción del grupo en estudio, el autor critica el desacierto de David Rock (que luego extiende también al historiador argentino Juan Suriano) por no advertir la revitalización del anarquismo en los últimos años de la década de 1910 y los primeros de la siguiente. En ese período, más precisamente entre las postrimerías de 1918 y fines de 1921, se extendió lo que Doeswijk llama el *Trienio Rojo*, signado por una sucesión de huelgas cuyos protagonistas centrales fueron los anarco-bolcheviques. En ese primer capítulo también presenta a los actores, quienes no aceptaron nunca esta última denominación porque provenía de los círculos de *La Protesta*. Dicho nombre no fue el único que detentaron: se los conoció con el mote de “rebelionistas” antes de 1919, como “banderarrojistas” entre 1919 y 1920, a partir de 1920 sus enemigos los llamaron “anarco-dictadores”, desde 1922 fueron los “anarco-bolcheviques” y al año siguiente, cuando se fundó la Alianza Libertaria Argentina (ALA), apareció además el apelativo de “aliancistas”. Algunos nombres dan cuenta de la importantísima función que tenía la prensa entre los libertarios (y las izquierdas en general), puesto que obedecen al título de los periódicos *La Rebelión* y *Bandera Roja*, aparecidos en enero de 1913 y abril de 1919, respectivamente.

En lo que refiere a las características de los integrantes del grupo, se identifican dos sectores: uno al que llama *intelectual* y otro de carácter *obrero*. Si bien el autor confiesa que se conoce más en detalle el proceder del primer sector, también aclara que fue el segundo el que respaldó las diversas publicaciones. Entre los *intelectuales* puede citarse a García Thómas, Eva Vivé (esposa de García Thómas), Julio R. Barcos, Pierre Quiroule, Elías Castelnuovo, Jesús María Suárez, José Torralvo, Juan Lazarte, Luis Di Filippo y Fernán Ricard; entre los *obreros* a Leopoldo Alonso, Pedro Casas, Atilio Biondi, Mariano Barrajón, Jesús González Lemos, Sebastián Ferrer y Antonio Abilio Gonçalves. Por su parte, Alejandro Silvetti, José Vidal Mata y Hermenegildo Rosales conjugaban la escritura con su rol como dirigentes gremiales. Entre los datos salientes, es preciso destacar la heterogeneidad del grupo, la significativa presencia de españoles, el lugar que ocuparon allí maestros, pedagogos, escritores y periodistas, o la presencia tanto de personas con una extensa militancia (Quiroule, Casas, Torralvo) como de un sector más juvenil de libertarios (Lazarte, Di Filippo, Ferrer) que iniciaba su accionar en un contexto signado por la conflictividad social, la Reforma Universitaria y, en especial, la Revolución Rusa, suceso que causó un enorme impacto en las izquierdas argentinas.

El segundo capítulo se abre justamente con un abordaje sobre la incidencia del proceso revolucionario en la tierra de los zares, el cual fue liderado por socialistas que, según el autor, no eran de los más conocidos en el Río de la Plata. Para analizar la forma en que se recibieron en la región las noticias al respecto, apela a la comparación con lo ocurrido en Europa, Brasil y Estados Unidos. Luego se centra en los sucesos del Plata y reconstruye para eso lo que aparecía en la prensa de la época: comenzando por las notas de “Misha” (seudónimo de Iván Romanov) en *La Batalla* de Montevideo y *La Protesta* de Buenos Aires, estudia el rol que le cupo a los diarios y periódicos tanto de izquierda como liberales en la difusión de noticias sobre el tema. Una importancia central tuvo la colectividad judía en el proceso de recepción, ya que además de dominar el *yiddish* y el ruso se interesaba mucho por lo acontecido en Rusia y festejaba en general la caída del régimen zarista. No es casual, por cierto, que “Misha” fuera un judío ruso, como tantos otros traductores que colaboraban en la prensa¹. El autor demuestra de este modo que, a diferencia de lo que se suponía, casi todo el anarquismo rioplatense apoyó de diversas maneras la Revolución Rusa, al menos hasta mayo de 1919. De hecho, recién en agosto de 1921 los anarco-bolcheviques fueron expulsados de la FORA del V Congreso.

Estos últimos intentaron afanosamente “dirigir” la revolución en estas latitudes y ello comportó un reto: el de reinventar su identidad colectiva para tratar de conjugar su pasado anarquista con la inédita realidad rusa, iniciativa que a todas luces resultó ineficaz. Las distintas posturas que irán asumiendo los libertarios con el transcurso del tiempo, plasmadas en las corrientes anarco-bolchevique, antorchista y protestista-forista, se advierten a través de sus respectivos medios de prensa. Un análisis detenido de los diarios, periódicos y revistas le permite a Doeswijk repasar las calurosas discusiones que se dieron en ese período dentro del anarquismo. En particular, es muy ilustrativo el caso de la revista *Vía Libre*, dirigida por Santiago Locascio y financiada por García Thómas, desde donde se ensalzaron las figuras de Eva Vivé y Hermenegildo Rosales. Sin embargo, al momento de buscar una figura con fuerte simbolismo apelaron a Simón Radowitzky (empleando metáforas religiosas para describir su situación), quien fue objeto de disputa por las diferentes

1 En los últimos años se llevaron a cabo importantes pesquisas sobre la prensa judía de izquierda, como por ejemplo el trabajo realizado por Alejandro Dujovne: “Cartografía de las publicaciones periódicas judías de izquierda en Argentina, 1900-1953”, en *Revista del Museo de Antropología*, No 1, 2008, pp. 121-138. Llama la atención que Doeswijk no incluya estos aportes para complejizar su investigación en torno a la temática.

corrientes y optó finalmente por quedarse junto a Emilio López Arango, Apolinario Barrera y Diego Abad de Santillán, el grupo que por ese entonces lideraba *La Protesta*. Así, los anarco-bolcheviques perdían la posibilidad de granjearse un símbolo de peso entre los trabajadores. El capítulo referido pierde en cierta medida la unicidad cuando, en el apartado final, se explora el impacto que tuvo la Revolución Rusa entre los escritores rioplatenses Elías Castelnuovo, Rolando Martell y Jorge Luis Borges, temática que quizás merecería un estudio más profundo.

En el tercer capítulo, titulado *á la Eric Hobsbawm*, se examina el período que va aproximadamente de noviembre de 1918 a marzo de 1920, donde se cierra ese *largo* año de 1919. En esta parte del libro el autor comienza describiendo la situación posterior a la Gran Guerra, para centrarse luego en la Semana Trágica, la aparición de *Bandera Roja* en abril de 1919, el rol de la Unión de Trabajadores Agrícolas (UTA) durante la llamada Cosecha Roja de 1919-1920 y la Huelga de las Bombas de marzo de 1920. Los últimos dos conflictos citados son especialmente relevantes, puesto que los anarco-bolcheviques fueron sus protagonistas principales. En ciertos tramos del capítulo la redacción se torna un tanto descriptiva, por ejemplo cuando caracteriza a la Liga Patriótica Argentina. En cambio, el abordaje es mucho más sugerente cuando estudia *Bandera Roja*, diario que se financió a partir de contribuciones sindicales (destacándose los gremios del puerto) y que llegó a publicar veinte mil ejemplares por día. Sus páginas tenían como objetivo la difusión de un programa revolucionario, motivo por el cual fue criticado tanto desde la prensa liberal (*The Buenos Aires Herald* y *La Nación*) como anarquista (*La Obra*) y acabó clausurado en mayo de 1919.

La elección de Doeswijk al considerar la actuación de los anarco-bolcheviques en el ámbito urbano y en el rural le permite, de manera acertada, comparar las diferentes formas utilizadas para interpelar a los trabajadores en contextos huelguísticos. Si por un lado logra dar cuenta en parte del rol que tuvo el grupo analizado en ambas coyunturas, por otro es preciso agregar que resultan bastante menos convincentes los argumentos que emplea en el apartado sobre el accionar de la UTA en el campo entre 1919 y 1921. En particular, es objetable que el autor exalte la presencia del anarquismo y desestime el accionar del Partido Socialista en el medio rural. El caso del Territorio Nacional de La Pampa, sobre el que se brindan reiteradas referencias en esta parte del libro, demuestra justamente lo contrario: en el transcurso de la huelga agraria de 1919 la participa-

ción de los agricultores socialistas, nucleados en la Liga Agraria, resultó decisiva². Es evidente que en algunas partes del libro la participación de los anarco-bolcheviques aparece muy sobredimensionada, situación que no siempre se verifica en el análisis empírico.

En el cuarto capítulo se despliegan una serie de temáticas que el autor consigue hilvanar solo en parte. Sin duda, el estudio de los cambios experimentados entre 1919 y 1922 por el movimiento obrero resulta bien pertinente para explicar el contexto general en el que se inscriben los liderados por García Thómas, como así también las estrategias y los métodos de lucha que impulsaban. En este sentido, se indaga en la organización de la UTA y de la Federación Obrera Regional Portuaria (FORP), con paradigmas mucho más afines a los de la Federación Marítima (FOM) que a los de los típicos sindicatos por oficios del anarquismo, en la lucha por adquirir poder en el espacio laboral y en la experiencia del *closed shop*. Según Doeswijk, bajo el influjo de lo ocurrido en Rusia los obreros en Argentina mostraron cierta tendencia hacia la unidad, actitud en la que desde mediados de 1919 los anarco-bolcheviques secundaron a los *sindicalistas*. Tal situación persistió hasta promediar 1921, cuando la represión estatal y las diferencias ideológicas se combinaron para dividir otra vez a los trabajadores locales. Decíamos que solo en parte la trama del capítulo es homogénea, ya que la exploración sobre el mundo del trabajo en las utopías escritas por Pierre Quiroule presenta un claro contraste con lo anterior, a la vez que adolece de un análisis más detenido. En otra línea es preciso advertir, además, que no se incluyen los aportes historiográficos recientes en relación a los marítimos de la FOM, a partir de los cuales el autor podría ahondar en las concepciones políticas del *sindicalismo*³.

El quinto capítulo se concentra en el modo en que la Revolución Rusa incidió en el movimiento obrero argentino durante los primeros años de la década del veinte. Allí se pasa revista a los motivos que llevaron a la expulsión de los anarco-bolcheviques de la FORA del V Congreso en

2 En cuanto a este tema, ver Martocci, Federico: *La política cultural del Partido Socialista en el Territorio Nacional de la Pampa: dispositivos y prácticas de intervención de sus dirigentes e intelectuales (1913-1939)*, Santa Rosa, EdUNLPam, 2015.

3 Consultar, por ejemplo, los trabajos de Laura Caruso: “Control a bordo: la Federación Obrera Marítima, 1916-1921”, en Daniel Dicósimo y Silvia Simonassi: *Trabajadores y empresarios en la Argentina del siglo XX: indagaciones desde la historia social*, Rosario, Prohistoria, 2011; “Sindicalismo revolucionario, trabajadores marítimos e historiografía a comienzos del siglo XX: revisión crítica y perspectivas”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, No 1, septiembre, 2012, pp. 35-56.

1921, entre los que se destaca el contacto con los enviados soviéticos que visitaron Argentina y Uruguay a fin de sumar gremios a la Internacional Sindical Roja. Luego se analiza el derrotero de la Unión Sindical Argentina (USA) entre 1922-1930, especialmente la colaboración del grupo de García Thómas con la corriente *sindicalista*, los debates internos en torno a la relación con Moscú, el rol de *El Trabajo* (aparecido en septiembre de 1921) como diario que instaba a la fusión de las corrientes sindicales y las críticas propinadas desde *La Protesta* a partir de la noticias que llegaban desde Europa. Pero no todos se conformaban con leer esas noticias; muchos armaban la maleta y se aventuraban en un viaje cuya principal finalidad era comprobar *in situ* la veracidad de la información, ya sea a favor o en contra de los sucesos soviéticos. Por ello el apartado final del capítulo lo dedica a reconstruir algunos de esos itinerarios, a explorar las diferentes percepciones y a demostrar las variadas alternativas a la hora de revelar la “verdad” de lo que acontecía en la Unión Soviética.

El último capítulo está destinado a revisar las iniciativas llevadas a cabo durante la etapa final de los anarco-bolcheviques: la creación de la Alianza Libertaria Argentina (ALA), fundada en enero de 1923, y la organización de la Asociación Argentina de Colonos y Arrendatarios (AACA), que tenía como meta principal intervenir en las zonas rurales. La ALA se proponía incidir en la vida sindical de la USA, cuestión que trajo aparejadas fuertes polémicas intestinas: se aspiraba a radicalizar sus actividades, a que ingresara a la Profintern de Moscú, a organizar en sindicatos únicos a los trabajadores rurales y portuarios y a permitir que las asociaciones de colonos se sumaran a la USA. Los debates suscitados a raíz de la intervención de una agrupación extra-sindical en esa entidad se combinaron luego con el creciente enfrentamiento entre los “autonomistas” y los “moscovitas”. Ello a su vez socavó la unidad de los anarco-bolcheviques: desde 1924 algunos comenzaron a alejarse, como por ejemplo Martell y Di Filippo. A fines de ese año, el grupo de García Thómas abandonó la ALA (en adelante ALA I) y poco después conformó la ALA II. A partir de la escisión de 1924 ambas Alianzas iniciaron su declive: la I optó por la ética anarquista, retuvo las bases *sindicalistas* y mantuvo una débil influencia en la USA, mientras que la II apostó al pragmatismo revolucionario y trató de organizar a los jornaleros y arrendatarios para la lucha.

¿De qué manera intentaron concretar esto último? Con la creación de la AACA, desde luego, pero también con la difusión de sus actividades en el diario *La Rebelión*, con las giras realizadas por

las zonas rurales y con la producción de conocimiento sobre la situación agraria, el cual se divulgaba a partir de notas en periódicos, libros y folletos. A diferencia de lo que podría suponerse, la labor editorial del anarquismo no solo era muy importante, como lo demuestran las obras publicadas por Vidal Mata en esos años, sino que además lo seguiría siendo en las décadas posteriores, temática que ha merecido recientemente la atención de los historiadores y que Doeswijk no menciona⁴. Al centrar su atención también en las interpretaciones de los anarco-bolcheviques sobre el agro, el autor logra mostrar cómo estos “aliancistas” (que proponían la socialización de la tierra) pretendieron interpelar al colono, un sujeto que permaneció relativamente al margen de la propaganda libertaria. Lo que no queda resuelto en el capítulo es por qué algunos colonos adhirieron a la AACA, más allá de que, como sugiere Doeswijk, en la práctica esta última no pudo competir con la Federación Agraria Argentina (FAA).

Para concluir, querríamos señalar que resulta sumamente útil la publicación del libro *Los anarco-bolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, puesto que esta tesis podrá así circular ya no solo entre los lectores académicos, sino además entre el público afecto a las investigaciones historiográficas sobre las izquierdas en Argentina. Las deficiencias que hemos advertido apuntan esencialmente en tres sentidos. Por un lado, en la evidente empatía que el autor tiene con su objeto de estudio, actitud que lo lleva en ciertos casos a leer las fuentes de manera sesgada. Si bien es loable su interés por *rescatar* la historia de ese grupo marginal, la postura que adopta en el transcurso del libro lo coloca, por decirlo de algún modo, en un aprieto: las explicaciones que brinda en ciertas partes de la investigación no resultan categóricas a la luz de la evidencia ofrecida. Por otro lado, la diversidad de temas que despliega en algunos capítulos no le permite investigar a fondo cada uno de ellos, motivo por el cual se resiente la solidez del texto en su conjunto. Por último, el lector académico puede llevarse quizás una impresión negativa a raíz de la desactualización bibliográfica. Felizmente, de un tiempo a esta parte los estudios sobre las culturas de izquierda se han expandido en nuestro país; sin embargo en este libro no se retoman las pesquisas recientes sobre el sindicalismo revolucionario, la prensa judía de izquierda o las iniciativas editoriales del anarquismo, me-

4 Al respecto, véase Graciano, Osvaldo: “La escritura de la realidad. Un análisis de la tarea editorial y del trabajo intelectual del Anarquismo argentino entre los años ‘30 y el Peronismo”, en *Izquierdas*, No 12, abril, 2012, pp. 72-110.

diante las cuales se podrían tal vez entablar diálogos fructíferos. Inclusive, tampoco aparecen citados los trabajos en los que se abordan las lecturas que se realizaron desde el anarquismo argentino sobre la revolución rusa⁵. Por el contrario, el autor refuta en general ideas de obras ya clásicas, como las de Edgardo Bilsky y David Rock. Pese a estos comentarios, no cabe duda de que este libro será de consulta obligada para los especialistas y muy atractivo para los lectores curiosos.

5 En particular, nos referimos a Pittaluga, Roberto: “Lecturas anarquistas de la revolución rusa”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, No 6, 2002, pp. 179-188.